

VER:

Los retiros que vamos a tener durante este nuevo año pastoral, se van a centrar en la EUCARISTÍA. Y los vamos a tener en esta capilla en la que estamos, es una capilla eminentemente Eucarística. Si la contemplamos vemos como todo se centra en el Sagrario. En el fresco está el Santo Cáliz, también en el centro, a quienes los santos eucarísticos valencianos lo adoran, junto con los ángeles. A la izquierda está San Pascual Bailón y Santa María Micaela del Santísimo Sacramento, y a la derecha San Juan de Ribera. (*Y Santa Margarita María Alacoque, el padre Hoyos S.J. y el Papa Pío XI, están relacionados con el Sagrado Corazón de Jesús.*)

La Exhortación “*Sacramentum Caritatis*”, del Papa Benedicto XVI, publicada en 2007, nos ofrece una gran catequesis sobre la Eucaristía y la oración.

Esta Exhortación es, en cierto modo, gemela del documento papal que la precede, la Encíclica “*Dios es amor*” (2005). También el *Sacramentum Caritatis* lo podemos traducir en castellano como “el Sacramento de Amor”, título contenido en las dos primeras palabras de la Exhortación, inspiradas en un pasaje de la “*Summa Teológica*” de Santo Tomás de Aquino.

El Papa Benedicto XVI se propone recordar al cristiano el insondable contenido del misterio de la Eucaristía. No en teoría, sino en lo hondo de nuestra fe, en la celebración y en la vida. Para protegerlo contra la insidiosa de la rutina e introducirlo en la oración, en la adoración, la celebración contemplativa y apostólica.

Sin la vivencia de la Eucaristía, el cristiano lo sería sólo de nombre. E igualmente, la oración de ese cristiano quedaría en cierres, apenas sí lograría balbucir una verdadera oración cristiana. Convencidos como estamos de lo inmensamente pobres que son nuestros intentos de oración personal, en la Eucaristía no sólo repetimos a Jesús la súplica que le hacían los apóstoles: “Señor, enséñanos a orar”, sino que oramos con Él, uniéndonos a Él, de suerte que nuestra oración queda arropada y asumida por la suya. En la Eucaristía, nuestra oración se identifica con la de Jesús.

La gran catequesis de la Exhortación papal no sólo arraiga en la fe y la teología de Santo Tomás de Aquino, sino que tiene sus raíces próximas en documentos eclesiásticos más recientes. Ante todo, en la Constitución del Vaticano II “*Sacrosanctum Concilium*”, sobre la liturgia, según la cual el sacramento eucarístico es “fuente y culmen de toda vida cristiana”.

Y más recientemente, en el mensaje del Sínodo de los Obispos, celebrado en octubre de 2005. Fue esta Asamblea General de los Obispos la que remitió a Benedicto XVI una serie de Proposiciones (medio centenar), la primera de las cuales le “suplica humildemente que juzgue la oportunidad de ofrecer a los fieles un documento sobre el sublime misterio de la Eucaristía en la vida de la Iglesia”, ya que en el misterio y la celebración eucarística “la Iglesia acoge, adora y celebra, estremecida de fe, el gran don que nos ha hecho Jesús y que nosotros prolongamos en la historia” (Proposición 1).

El mismo Sínodo de los Obispos auspiciaba la próxima elaboración de un Compendio eucarístico o un instrumento de ayuda pastoral en que se reúnan los aspectos litúrgicos, doctrinales, catequísticos y devocionales sobre la Eucaristía, para apoyar y desarrollar en los creyentes la fe y la piedad eucarísticas (Proposición 17). Es eso lo que de hecho ha realizado el Papa Benedicto XVI en la Exhortación “*Sacramentum Caritatis*”.

Para la reflexión:

- Si alguien me preguntara “por qué voy a Misa”, ¿qué le respondería?
- ¿Conocía esta Exhortación de Benedicto XVI, la he leído? ¿Y otros documentos del Magisterio de la Iglesia? ¿Por qué?
- ¿Es la Eucaristía “fuente y culmen de mi vida cristiana”? ¿Cómo lo explicaría?

JUZGAR:

La Exhortación “*Sacramentum Caritatis*” está estructurada en tres partes:

- 1) La Eucaristía, misterio que se ha de **creer**.
- 2) La Eucaristía, misterio que se ha de **celebrar**.
- 3) La Eucaristía, misterio que se ha de **vivir**.

En la primera parte (*La Eucaristía, Misterio que se ha de creer*), tras la Introducción, el Papa comienza apoyando todo cuanto nos va a decir en las palabras que el sacerdote pronuncia al terminar la consagración: “Éste es el Misterio de la fe”. Y es que, en efecto, la Eucaristía es el “misterio de la fe” por excelencia, a la par que es el “compendio y la suma de nuestra fe”.

En cuanto a su contenido, dado que la primera realidad de la fe eucarística es el misterio mismo de Dios, el amor trinitario, comienza por relacionarla con la Santísima Trinidad, con Jesús como verdadero Cordero inmolado, y con el Espíritu Santo, pasando luego a detenerse en su vinculación con la Iglesia, los Sacramentos, la escatología y la Virgen María.

En la segunda parte (*La Eucaristía, Misterio que se ha de celebrar*), el Papa nos recuerda el énfasis que puso el Sínodo de los Obispos reflexionando en la relación intrínseca entre la “fe eucarística” y su “celebración”. Para ello, tras mencionar la relación entre “belleza y liturgia”, dedica seis grandes apartados a facetas tan importantes como “La celebración de la Eucaristía, obra del Cristo total”, “El arte de celebrar”, “La estructura de la celebración eucarística”, el verdadero sentido de una “participación activa” en esta celebración, “La celebración participada interiormente”, y por fin “La adoración y piedad eucarística”.

Y en la tercera parte (*La Eucaristía, Misterio que se ha de vivir*), el Papa encabeza este apartado con las palabras de Jesús en Jn 6, 57: “El Padre que vive me ha enviado y yo vivo por el Padre; del mismo modo, el que me come, vivirá por mí.”

Estas palabras de Jesús, indica el Papa, nos permiten comprender cómo el misterio “creído” y “celebrado” contiene en sí un dinamismo que hace de él principio de vida nueva en nosotros y forma de la existencia cristiana. Pensamiento que corrobora con aquel de San Agustín en sus “Confesiones”: “Soy el manjar de los grandes: creces, y me comerás, sin que por eso me transforme en ti, como el alimento de tu carne; sino que tú te transformarás en mí”.

En esta tercera y última parte, el Papa subdivide el mensaje en tres apartados: “La Eucaristía como forma de la vida cristiana”, “La Eucaristía, Misterio que se ha de anunciar”, y “La Eucaristía, Misterio que se ha de ofrecer al mundo”.

La Exhortación termina con una Conclusión en la que Benedicto XVI, tras recordarnos la interminable lista de santos y fieles que se han santificado a lo largo de los siglos gracias a su piedad eucarística, insiste en que es necesario que en nuestra Iglesia creamos realmente, celebremos con devoción y vivamos con intensidad este santo Misterio.

Impacta el ejemplo que nos cita de aquellos cristianos del Norte de África que fueron martirizados en los primeros siglos del cristianismo mientras declaraban que les era imposible vivir sin celebrar la Eucaristía dominical, como verdadero alimento del Señor: “Sine dominico non possumus – Sin el Domingo, no podemos”.

Termina recordándonos la cita de Juan Pablo II cuando en su Encíclica “La Iglesia vive de la Eucaristía” (*Ecclesia de Eucharistia*) ve en María a la “Mujer Eucarística”, a su ícono más logrado, y a la Madre e intercesora más consumada con que podemos contar en este urgente compromiso que queremos adoptar a la hora de eucaristizarnos.

Para la reflexión:

- Medito el texto de Jn 6, 57: “El Padre que vive me ha enviado y yo vivo por el Padre; del mismo modo, el que me come, vivirá por mí.”
- ¿Qué me sugieren los tres apartados de la Exhortación:
 - La Eucaristía, Misterio que se ha de **creer**,
 - La Eucaristía, Misterio que se ha de **celebrar**,
 - La Eucaristía, Misterio que se ha de **vivir**?
- ¿Yo también podría afirmar: “Sin el domingo, no podemos”? ¿Por qué?

LA EUCARISTÍA, DON DE LA TRINIDAD A LA IGLESIA

La Santísima Eucaristía es el don que Jesucristo hace de Sí mismo a su Iglesia. No cabe don más grande, pues el Amor supremo es el que lleva a “dar la vida por los propios amigos”. Este don es posible porque el Padre nos ha dado previamente a su Hijo y lo ha entregado hasta la muerte por nosotros; y porque en cada celebración eucarística envía al Espíritu Santo para que convierta el pan y el vino en el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo.

En este retiro vamos a contemplar esta dimensión trinitaria de la Santísima Eucaristía, viendo en ella la muestra más clara del infinito amor que Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo tienen a los hombres, y más en concreto, nos tienen a nosotros. De este modo, cuando participemos en la Eucaristía, seremos capaces de descubrir que ella es la fuente de la que mana el agua del amor que nosotros necesitamos para nuestra vida y para comunicárselo a los demás.

7 La primera realidad de la fe eucarística es el misterio mismo de Dios, el amor trinitario. En el diálogo de Jesús con Nicodemo encontramos una expresión iluminadora a este respecto: «Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna. Porque Dios no mandó a su hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por él» (Jn 3, 16-17). Estas palabras muestran la raíz última del don de Dios. En la Eucaristía, Jesús no da «algo», sino a sí mismo; ofrece su cuerpo y derrama su sangre. Entrega así toda su vida, manifestando la fuente originaria de este amor divino. Él es el Hijo eterno que el Padre ha entregado por nosotros.

En el Evangelio escuchamos también a Jesús que, después de haber dado de comer a la multitud con la multiplicación de los panes y los peces, dice a sus interlocutores que lo habían seguido hasta la sinagoga de Cafarnaúm: «Es mi Padre el que os da el verdadero pan del cielo. Porque el pan de Dios es el que baja del cielo y da la vida al mundo» (Jn 6, 32-33); y llega a identificarse él mismo, la propia carne y la propia sangre, con ese pan: «Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo: el que coma de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne, para la vida del mundo» (Jn 6, 51). Jesús se manifiesta así como el Pan de vida, que el Padre eterno da a los hombres.

12 Cristo mismo, en virtud de la acción del Espíritu, está presente y operante en su Iglesia, desde su centro vital que es la Eucaristía.

13. En este horizonte se comprende el papel decisivo del Espíritu Santo en la celebración eucarística y, en particular, en lo que se refiere a la transustanciación. Todo ello está bien documentado en los Padres de la Iglesia. San Cirilo de Jerusalén, en sus *Catequesis*, recuerda que nosotros «invocamos a Dios misericordioso para que mande su Santo Espíritu sobre las ofrendas que están ante nosotros, para que Él transforme el pan en Cuerpo de Cristo y el vino en Sangre de Cristo. Lo que toca el Espíritu Santo es santificado y transformado totalmente»... El Espíritu, que invoca el celebrante sobre los dones del pan y el vino puestos sobre el altar, es el mismo que reúne a los fieles «en un sólo cuerpo», haciendo de ellos una ofrenda espiritual agradable al Padre.

Este texto contiene las afirmaciones más importantes sobre la Eucaristía y nos sitúa en la auténtica perspectiva para comprenderla. En síntesis dice esto: La Eucaristía es un don de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo a quienes somos miembros de la Iglesia por nuestro Bautismo. Más aún, es el don más grande que Dios puede hacernos. Porque Dios no puede darnos algo más grande que Él mismo. Dios, que es Amor, se nos da por amor.

Esta donación pasa por tres etapas:

1) La primera es el Padre. Él, que es el manantial de la vida divina, nos ha dado lo que tiene de más valioso y lo que más quiere: su Hijo.

2) La segunda etapa es la Encarnación del Hijo para cumplir los designios salvadores del Padre y su entrega voluntaria a la muerte por nosotros, muerte que se perpetúa en el sacramento de la Eucaristía: “Esto es mi Cuerpo entregado por vosotros”; “Ésta es mi Sangre derramada por vosotros y por todos los hombres”.

3) La tercera etapa es la de Espíritu Santo: Jesucristo le envió tras su Ascensión, para que haga presente y operativa su obra redentora.

El cura, que representa y actúa en la Persona de Cristo, pide al Padre, en la Plegaria Eucarística de la Misa, que envíe ahora al Espíritu Santo para que convierta el pan y el vino en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, y haga de los que comulgan su Cuerpo eclesial.

Gracias a esta triple acción, Dios nos hace donación de Sí mismo y nosotros nos introducimos en el interior mismo de la vida trinitaria, de modo que en ese horno de amor nos incendiemos y, desde Él, seamos capaces de amar a los demás como Dios nos ama. Consiguientemente, un cristiano no puede hacer nada más grande que participar en la Eucaristía.

Para la reflexión:

- ¿Qué destaco del texto de la Exhortación?
- ¿He pensado alguna vez en esa dimensión trinitaria de la Eucaristía?
- ¿Soy consciente de que Dios “se me da” por amor a mí, cada vez que participo en la Eucaristía?
- Medito este párrafo: **Dios nos hace donación de Sí mismo y nosotros nos introducimos en el interior mismo de la vida trinitaria, de modo que en ese horno de amor nos incendiemos y, desde Él, seamos capaces de amar a los demás como Dios nos ama.** Consiguentemente, un cristiano no puede hacer nada más grande que participar en la Eucaristía.

ACTUAR:

Vamos a fijarnos en tres pasos de la segunda Plegaria Eucarística, para que advirtamos que la liturgia de la Eucaristía contiene las mismas ideas que hemos encontrado en el texto que hemos leído antes. Estos pasos son: la invocación al Padre (epiclesis) para que envíe el Espíritu Santo y transforme el pan y el vino en el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo (primera parte de la epiclesis); el segundo es la consagración: en ella se unen las palabras de Cristo y la acción del Espíritu Santo y se realiza ese milagro prodigioso; la tercera es la segunda invocación al Padre para que el Espíritu Santo haga que los que comulgan el Cuerpo de Cristo se conviertan en el Cuerpo eclesial (segunda parte de la epiclesis).

1) Primera invocación al Padre: “Por eso, te pedimos *[Padre]* que santifiques estos dones con la efusión *[envío]* de tu Espíritu *[Santo]*, de manera que sean para nosotros Cuerpo y Sangre de Jesucristo, nuestro Señor.”

2) Consagración: “El cual *[Jesucristo]*, cuando iba a ser entregado a su Pasión, voluntariamente aceptada, tomó pan, dándote gracias, lo partió y lo dio a sus discípulos diciendo: “Tomad y comed todos de él, porque esto es mi Cuerpo que será entregado por vosotros”. Del mismo modo, acabada la cena, tomó el cáliz, y dándote gracias de nuevo, lo pasó a sus discípulos diciendo: “Tomad y bebed todos de él, porque éste es el cáliz de mi Sangre, Sangre de la Alianza Nueva y Eterna, que será derramada por vosotros, y por todos los hombres, para el perdón de los pecados. Haced esto en conmemoración mía”.

3) Segunda invocación al Padre: “Te pedimos *[Padre]* humildemente que el Espíritu Santo congregue en la unidad *[nos haga un mismo Cuerpo]* a cuantos participamos del Cuerpo y la Sangre de Cristo”.

Hay muchos cristianos que si les preguntasen por qué van a Misa los domingos, contestarían algo parecido a esto: “Porque me lo manda la Iglesia”, o “Porque siempre he ido”. Si, luego, volvieran a preguntarles por qué la Iglesia manda eso, es posible que se encogieran de hombros, indicando con ese gesto que no lo saben.

Sea como fuere, lo que está fuera de duda es que una gran mayoría de bautizados no sabe lo que es la Eucaristía o tiene una idea muy superficial de ella. La consideran un mandamiento de la Iglesia o una cosa buena, pero no saben que la Eucaristía es la donación suprema de Dios al hombre y el don más grande que el hombre puede recibir.

En este retiro, meditando las palabras del Papa Benedicto XVI y las de la Plegaria Eucarística, pidamos al Padre que derrame sobre nosotros su Espíritu Santo, para que nos haga comprender el inmenso don que nos hace cuando participamos en la Eucaristía, en la que Jesucristo perpetúa y hace presente la obra de nuestra salvación.

Para la reflexión:

- Reflexiono los tres pasos de la segunda Plegaria Eucarística:
 - 1) Primera invocación al Padre: “Por eso, te pedimos *[Padre]* que santifiques estos dones con la efusión *[envío]* de tu Espíritu *[Santo]*, de manera que sean para nosotros Cuerpo y Sangre de Jesucristo, nuestro Señor.”
 - 2) Consagración: “El cual *[Jesucristo]*, cuando iba a ser entregado a su Pasión, voluntariamente aceptada, tomó pan, dándote gracias, lo partió y lo dio a sus discípulos diciendo: “Tomad y comed todos de él, porque esto es mi Cuerpo que será entregado por vosotros”. Del mismo modo, acabada la cena, tomó el cáliz, y dándote gracias de nuevo, lo pasó a sus discípulos diciendo: “Tomad y bebed todos de él, porque éste es el cáliz de mi Sangre, Sangre de la Alianza Nueva y Eterna, que será derramada por vosotros, y por todos los hombres, para el perdón de los pecados. Haced esto en conmemoración mía”.
 - 3) Segunda invocación: “Te pedimos *[Padre]* humildemente que el Espíritu Santo congregue en la unidad *[nos haga un mismo Cuerpo]* a cuantos participamos del Cuerpo y la Sangre de Cristo”.
- Tras lo reflexionado en este retiro, si ahora me preguntasen “por qué voy a Misa”, ¿qué respondería?
- ¿Qué puedo hacer para mejorar mi participación consciente y activa en la Eucaristía?

ORACIÓN: PREGUNTAS DE AMOR – Fray Luis de León.

Si pan es lo que vemos, ¿cómo dura
sin que comiendo dél se nos acabe?
Si Dios, ¿cómo en el gusto a pan nos sabe?
¿Cómo de solo pan tiene figura?

Si pan, ¿cómo le adora la criatura?
Si Dios, ¿cómo en tan chico espacio cabe?
Si pan, ¿cómo por ciencia no se sabe?
Si Dios, ¿cómo le come su hechura?

Si pan, ¿cómo nos harta siendo poco?
Si Dios, ¿cómo puede ser partido?
Si pan, ¿cómo en el alma hace tanto?

Si Dios, ¿cómo le miro y le toco?
Si pan, ¿cómo del cielo ha descendido?
Si Dios, ¿cómo no muero yo de espanto?

VER:

- Si alguien me preguntara “por qué voy a Misa”, ¿qué le respondería?
- ¿Conocía esta Exhortación de Benedicto XVI, la he leído? ¿Y otros documentos del Magisterio de la Iglesia? ¿Por qué?
- ¿Es la Eucaristía “fuente y culmen de mi vida cristiana”? ¿Cómo lo explicaría?

JUZGAR:

- Medito el texto de Jn 6, 57: “El Padre que vive me ha enviado y yo vivo por el Padre; del mismo modo, el que me come, vivirá por mí.”
- ¿Qué me sugieren los tres apartados de la Exhortación:
 - La Eucaristía, Misterio que se ha de **creer**,
 - La Eucaristía, Misterio que se ha de **celebrar**,
 - La Eucaristía, Misterio que se ha de **vivir**?
- ¿Yo también podría afirmar: “Sin el domingo, no podemos”? ¿Por qué?

LA EUCARISTÍA, DON DE LA TRINIDAD A LA IGLESIA

7 La primera realidad de la fe eucarística es el misterio mismo de Dios, el amor trinitario. En el diálogo de Jesús con Nicodemo encontramos una expresión iluminadora a este respecto: «Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna. Porque Dios no mandó a su hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por él» (Jn 3, 16-17). Estas palabras muestran la raíz última del don de Dios. En la Eucaristía, Jesús no da «algo», sino a sí mismo; ofrece su cuerpo y derrama su sangre. Entrega así toda su vida, manifestando la fuente originaria de este amor divino. Él es el Hijo eterno que el Padre ha entregado por nosotros.

En el Evangelio escuchamos también a Jesús que, después de haber dado de comer a la multitud con la multiplicación de los panes y los peces, dice a sus interlocutores que lo habían seguido hasta la sinagoga de Cafarnaúm: «Es mi Padre el que os da el verdadero pan del cielo. Porque el pan de Dios es el que baja del cielo y da la vida al mundo» (Jn 6, 32-33); y llega a identificarse él mismo, la propia carne y la propia sangre, con ese pan: «Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo: el que coma de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne, para la vida del mundo» (Jn 6, 51). Jesús se manifiesta así como el Pan de vida, que el Padre eterno da a los hombres.

12 Cristo mismo, en virtud de la acción del Espíritu, está presente y operante en su Iglesia, desde su centro vital que es la Eucaristía.

13. En este horizonte se comprende el papel decisivo del Espíritu Santo en la celebración eucarística y, en particular, en lo que se refiere a la transustanciación. Todo ello está bien documentado en los Padres de la Iglesia. San Cirilo de Jerusalén, en sus *Catequesis*, recuerda que nosotros «invocamos a Dios misericordioso para que mande su Santo Espíritu sobre las ofrendas que están ante nosotros, para que Él transforme el pan en Cuerpo de Cristo y el vino en Sangre de Cristo. Lo que toca el Espíritu Santo es santificado y transformado totalmente»... El Espíritu, que invoca el celebrante sobre los dones del pan y el vino puestos sobre el altar, es el mismo que reúne a los fieles «en un sólo cuerpo», haciendo de ellos una ofrenda espiritual agradable al Padre.

Para la reflexión:

- ¿Qué destaco del texto de la Exhortación?
- ¿He pensado alguna vez en esa dimensión trinitaria de la Eucaristía?
- ¿Soy consciente de que Dios “se me da” por amor a mí, cada vez que participo en la Eucaristía?
- Medito este párrafo: Dios nos hace donación de Sí mismo y nosotros nos introducimos en el interior mismo de la vida trinitaria, de modo que en ese horno de amor nos incendiemos y, desde él, seamos capaces de amar a los demás como Dios nos ama. Consiguientemente, un cristiano no puede hacer nada más grande que participar en la Eucaristía.

ACTUAR:

- Reflexiono los tres pasos de la segunda Plegaria Eucarística:

1) Primera invocación al Padre: “Por eso, te pedimos *[Padre]* que santifiques estos dones con la efusión *[envío]* de tu Espíritu *[Santo]*, de manera que sean para nosotros Cuerpo y Sangre de Jesucristo, nuestro Señor.”

2) Consagración: “El cual *[Jesucristo]*, cuando iba a ser entregado a su Pasión, voluntariamente aceptada, tomó pan, dándote gracias, lo partió y lo dio a sus discípulos diciendo: “Tomad y comed todos de él, porque esto es mi Cuerpo que será entregado por vosotros”. Del mismo modo, acabada la cena, tomó el cáliz, y dándote gracias de nuevo, lo pasó a sus discípulos diciendo: “Tomad y bebed todos de él, porque éste es el cáliz de mi Sangre, Sangre de la Alianza Nueva y Eterna, que será derramada por vosotros, y por todos los hombres, para el perdón de los pecados. Haced esto en conmemoración mía”.

3) Segunda invocación: “Te pedimos *[Padre]* humildemente que el Espíritu Santo congregue en la unidad *[nos haga un mismo Cuerpo]* a cuantos participamos del Cuerpo y la Sangre de Cristo”.

- Tras lo reflexionado en este retiro, si ahora me preguntasen “por qué voy a Misa”, ¿qué respondería?
- ¿Qué puedo hacer para mejorar mi participación consciente y activa en la Eucaristía?

ORACIÓN: PREGUNTAS DE AMOR – Fray Luis de León.

Si pan es lo que vemos, ¿cómo dura
sin que comiendo dél se nos acabe?
Si Dios, ¿cómo en el gusto a pan nos sabe?
¿Cómo de solo pan tiene figura?

Si pan, ¿cómo le adora la criatura?
Si Dios, ¿cómo en tan chico espacio cabe?
Si pan, ¿cómo por ciencia no se sabe?
Si Dios, ¿cómo le come su hechura?

Si pan, ¿cómo nos harta siendo poco?
Si Dios, ¿cómo puede ser partido?
Si pan, ¿cómo en el alma hace tanto?

Si Dios, ¿cómo le miro y le toco?
Si pan, ¿cómo del cielo ha descendido?
Si Dios, ¿cómo no muero yo de espanto?